

Tiempos empáticos*

*Anna María Fernández Poncela***

A estas alturas pocos libros de ciencias sociales me entusiasman. Sin embargo, cuando encontré –o me encontré– la obra de Jeremy Rifkin, *La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*, no pude menos que estremecerme.

Lo primero es lo primero, la urgencia y lo personal: una respiración profunda para el cuerpo, una caricia al corazón y un cerebral –inesquivable– “te lo dije”. La complicidad de combinar biología y espiritualidad, psicología y sociología, no pudo menos que desechar o hacer reposar mis inseguridades de hacia dónde va la investigación social. El hecho de haber transitado por tantas disciplinas

y ahora encontrarme con mis autores favoritos citados en un mismo libro y, lo mejor de todo, hermanados y felizmente funcionales a la reflexión humana, me complace. Mis lecturas de sociología y mis estudios de psicología se daban la mano sin problemas y con gran alegría; eché en falta, eso sí, algo más de antropología, quizá una deformación mía. Incluso la espiritualidad asomándose sin velos y entrelazada a la naturaleza y al planeta, así como los descubrimientos neuronales de los últimos tiempos y su repercusión no sólo para la ciencia sino para la vida.

Empatía, además, que me resuena tanto en los oídos desde mi formación en “Enfoque centrado en la persona” y “Gestalt”. Empatía lo que repito en mis clases sobre metodología social al momento de aplicar técnicas en particular y de desarrollar la investigación en general. Empatía en la terapia y en toda relación de amistad. Empatía que se relaciona

* Jeremy Rifkin, *La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*, México, Paidós, 2010.

** Profesora-investigadora, Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco, México [fpam1721@correo.xoc.uam.mx].

con la obra del respeto de Sennet, la sociedad decente de Margalit, la razón sensible de Maffesoli, el pensamiento complejo de Morin, por no citar la amplia bibliografía emocional.

Lo segundo, la importancia para la vida: la evolución empática de la humanidad no es poca cosa, la conciencia que somos una civilización empática y que esta empatía, según defiende Rifkin, ha aumentado con la historia, es algo para detenerse a reflexionar, como lo es la creencia de que “es lo que nos va a salvar”. Sin desconocer los problemas y riesgos por los que hoy pasa el planeta, el mensaje es de esperanza. Como dice en sus palabras introductorias:

Hoy nos enfrentamos a la posibilidad esperanzadora y, al mismo tiempo, inquietante de acercarnos a una empatía global en un mundo interconectado, pero a costa de un gran consumo de energía que supone una factura entrópica creciente y que amenaza nuestra misma existencia con sus cambios climáticos catastróficos (p. 14).

Lo tercero, lo que aporta a la investigación social: la unión entre un conocimiento monumental con una redacción amable e inteligible, que a estas alturas de la vida se agradece: ya es hora de dejar de ocultar la estrechez mental con lenguajes indescifrables o altisonantes, aburridos y distantes. Y en este tenor acercar lo cotidiano a lo trascendente, las películas a los

hechos históricos, el paseo por la investigación social en general pero con una ligereza y libertad que más de uno o una lo quisiéramos en nuestros textos.

La empatía. La empatía surge en el primer momento, cuando al narrar el hecho histórico de la noche de paz en la navidad de 1914 en plena conflagración mundial no deja a nadie indiferente, nos remite a quienes vimos la película hace pocos años a sus imágenes y quienes leyeron textos sobre los hechos a su imaginación. Anécdota impactante que abre este libro que nos regala muchas más. Quizás, todo hay que decirlo, el final no tiene la fuerza de sus primeras páginas. Empatía consentidora cuando leemos desde México sobre la “fiebre porcina” de “2008”, y que nos ayuda a autocomprendernos y no ser tan duros con nosotros mismos cuando cometemos también errores al redactar. Empatía ante el énfasis de encontrar lo positivo en casi todo, sin ver en ocasiones otras miradas como cuando aborda el turismo o el poco énfasis en la desigualdad y explotación social en comparación a otros temas. Empatía solidaria cuando compartimos que la historia se escribe a veces sobre maldades y tragedias, y se olvida la conciencia empática que subyace y que también tiene su historia, como relata a lo largo de sus páginas. Empatía al descubrir el lado humano y empático de un economista, o los humanos errores de un psicoanalista, o las equivocadas

teorías de un opinólogo internacional. Empatía no sólo por las tristezas del otro sino –y también, y por qué no– por sus alegrías. Empatía al observar la grandeza de la interconectividad de internet sin dejar de ver sus peligros. Empatía por destapar la teatralidad que desplegamos y el autoengaño que también cargamos. Empatía por relacionar a ésta con la democracia. Empatía contra la entropía planetaria, el desbordamiento en el consumo de energías y el daño a la tierra.

En fin, de Nelson Mandela a Diana de Gales, de sus vivencias en Greenwich Village a sus lecturas sobre neuronas espejo, de Buda a Jesús, todo con objeto de mostrar y demostrar la existencia e importancia de la empatía y su conciencia, todo resumido en “amarás al prójimo como a ti mismo”. Y es que la empatía está como bien señala “en el entre”, en la frontera de contacto de la terapia gestalt, en el despliegue del *self* o el *self* en acción. Según este mismo enfoque se busca la relación y valoración en lo que se hizo, en lo que se es, en lo que funciona satisfactoriamente. Lo mismo hace Rifkin pero no entre dos personas, sino entre la humanidad y el planeta; sin dejar de percibir los peligros, subraya lo que sí hay con un discurso y mirada que escarba entre obras y autores, entre enfoques

y descubrimientos, entre análisis y prácticas, con objeto de reflexionar en pos de la supervivencia del mundo.

Somos empáticos cuando ni más ni menos elegimos ser humanos, y somos humanos cuando desarrollamos la empatía con nosotros y los otros, el mundo, la vida y el planeta Tierra. De hecho, como decía Rogers, la terapia es para llegar a ser lo que realmente somos, seres humanos, y como dijo Sartre, estamos condenados como seres humanos a la libertad de elegir. Y la elección es ser empáticos o no.

Poco a poco ha ido ganando fuerza una imagen nueva y radical de la naturaleza humana que tiene unas implicaciones revolucionarias para nuestra forma de entender y organizar las relaciones sociales y medioambientales en los siglos venideros. Hemos descubierto al *Homo empathicus* (p. 50).

Y si ya está comprobado que el amor desarrolla la inteligencia (Gordon citado por Rifkin) y la conciencia empática avanza sobre el planeta ¿qué falta? El autor concluye que tiempo: “¿podremos alcanzar la conciencia biosférica y la empatía global a tiempo para evitar el colapso planetario?” (p. 606). Ahí está el detalle.